

CAPÍTULO III

Gerona

RISUEÑO y á la par pintoresco es el aspecto que presenta Gerona al que entra por el cauce mismo del río Oñar. Las tranquilas ondas baten al pié de las casas que mágicamente en ellas se reflejan; rústicos é innumerables balcones de madera asoman sobre el río cargados de tiestos y medio ocultos bajo el follaje de las plantas y las flores; al fondo levanta su aguda cabeza el campanario de San Feló; á la derecha deja ver su moderna frente el de la Catedral; toscos puentes de madera (a) facilitan

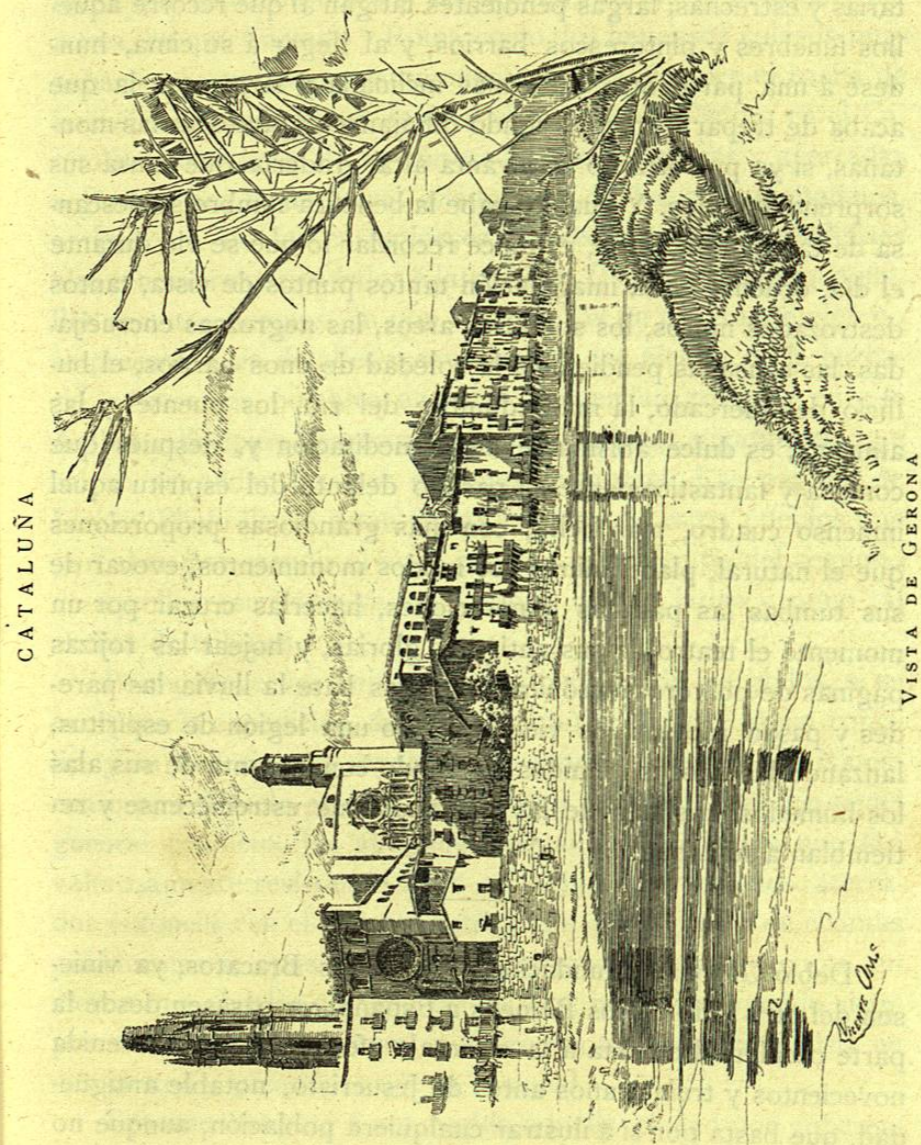
(a) Sustituídos en su mayor parte por otros de hierro en celosía.

el tránsito de una á otra parte de la ciudad, y en primer término cruza la anchura del río majestuosa fábrica de sillería de tres arcos (a) y el todo, el conjunto animado y ligerísimo dibújase limpiamente en el cristal de las aguas, y ofrece la ilusión de una ciudad nadando sobre ellas: — creyérase ver uno de los barrios de la hoy desierta Venecia, á reinar en aquella parte de Gerona el triste silencio que en la antigua señora del Adriático ha reemplazado al bullicio de las expediciones, de los mercados y de los festines, y á sulcar las regularmente pacíficas y no muy hondas aguas del Oñar lenta y melancólica alguna góndola solitaria. Y si el cielo se reviste de nubes, si cobija á la ciudad una bóveda densísima y cenicienta; entonces es de ver cómo destácanse sobre el negro fondo del cielo limpias y blanquizas las casas, mientras así resaltan sobre los pardos y negruzcos tonos de que se tiñe la corriente del río.

También en esta ciudad dejó sembrados preciosos recuerdos el genio de la Edad media, y por todas partes encuéntranse restos de la pujanza de aquellos siglos, en que los reyes de Aragón eran los monarcas más heróicos, y sus vasallos los súbditos más intrépidos y leales. Delicadas ventanas de aquellos tiempos embellecen la mayor parte de sus edificios ostentando todo el capricho, toda la ligereza de que es capaz el arte, y todavía defienden trozos de sus muros las antiguas almenas y torreones. Es completamente una ciudad gótica (b), y donde quiera que vuelva los ojos el artista descubre con sorpresa los más bellos conjuntos, aquellos efectos que sólo vió en sus poéticos delirios

(a) En sustitución de este puente construyóse modernamente el que lleva el nombre de Puente de Isabel II. Fué proyectado en 1849 por el ingeniero don Constantino Germán. Empezóse la obra en Junio de 1850 bajo la dirección de don Víctor Martí y se concluyó en 1856 bajo la de don José M.^a Faquinetto, verificándose en 29 de Junio la solemne inauguración. Su coste fué de un millón quinientos catorce mil seiscientos cincuenta y nueve reales. Consta de tres arcos apoyados en recios estribos, y es todo él de magnífica sillería.

(b) En estos últimos años ha cambiado bastante el aspecto vetusto de la ciudad, principalmente en la parte baja á ambos lados del Oñar; pero la parte alta presenta aún la misma fisonomía de antigüedad que tanto atractivo tiene para el artista y el arqueólogo.



acerca de la Edad media. Bajos y prolongados pórticos orlan sus plazas: reina el silencio en muchas de sus calles tristes, solitarias y estrechas; largas pendientes fatigan al que recorre aquellos fúnebres y pintorescos barrios, y al llegar á su cima, hún-dese á una parte otra calle más inclinada y larga que la que acaba de trepar y en cuyo fondo dibújanse gigantescas las montañas, si ya por otra no se levanta alta gradería que cansa sus sorprendidos ojos. Y cuando cabe la benéfica lumbre se descansa de tan penoso curso, es dulce recordar lo que se vió durante el día, ordenar en la imaginación tantos puntos de vista, tantos destrozados muros, los solitarios arcos, las negruzcas encrucijadas, las cansadas pendientes, la soledad de unos barrios, el bullicio del mercado, la mansedumbre del río, los puentes y las almenas; es dulce abismarse en la meditación y, después que confusa y fantásticamente ha pasado delante del espíritu aquel inmenso cuadro, más bello, con más grandiosas proporciones que el natural, place animar los mudos monumentos, evocar de sus tumbas las pasadas generaciones, hacerlas cruzar por un momento el teatro de sus antiguas glorias, y hojear las rojizas páginas de polvorosa crónica, mientras bate la lluvia las paredes y pasan rápidos los vientos como una legión de espíritus, lanzando lastimosos gemidos y tocando con la punta de sus alas los húmedos cristales de las ventanas que estremécense y re-tiemblan á su toque.

Debió Gerona su fundación á los Celtas Bracatos, ya viniesen del otro lado de los Pirineos á España, ya pasasen desde la parte occidental de esta á la oriental, efectuándose esta venida novecientos y treinta años antes de Jesucristo, notable antigüedad, que basta por sí á ilustrar cualquiera población, aunque no confirmen su celebridad sucesos posteriores (a). Situado desde en-

(a) Acerca de la historia primitiva de Cataluña no se ha dicho aún la última palabra. Véanse las correspondientes notas del tomo primero.

tonces sobre la vía militar, y en posición susceptible de fácil defensa, ¡cuántos vaivenes debió de sufrir en la larga y encarnizada lucha que trabaron entre sí las dos civilizaciones africana y europea, en que Cartago y Roma como dos inmensos colosos pug-naban por arrebatarse mutuamente y para siempre el hacha de la civilización, y agitándola ó en el alcázar de Dido ó en el Capitolio lanzar rayos de su lumbre á las más oscuras y apartadas regiones! Sea como fuere, aliados ora de los altivos romanos, amigos ora de los cartagineses, merecieron los gerundenses alto renombre por su valor é intrepidez. Dejemos, empero, aquellos remotos tiempos, en que las marchas de un grande ejército se presentan sin detalles y envueltas en las nieblas de la barbarie, y pasemos por alto aquellas tremendas guerras, en que Aníbal y Escipión aparecen como dos sombras gigantescas que salvan sin andar las más enormes distancias. Las páginas de Livio y Plinio llenas están de las hazañas de estos pueblos que porfiaban por sacudir el yugo romano, y en tiempo del segundo de aquellos escritores ya era Gerona ciudad latina y como tal exenta de tributos.

Pocos recuerdos dejó en ella el período de los godos, si se exceptúa la expedición de Wamba contra Paulo y algún concilio, y su historia sólo revístese de interés, cuando esparramáronse por el suelo español las falanges mahometanas. En aquel general conflicto, los antiguos ausetanos é indigetes que tan valerosamente resistieron á los cartagineses y romanos, aterra-dos entonces con el reciente estrago de Tarragona y de cuantas poblaciones se opusieron á los progresos de los invasores, tuvieron que abrirles sus puertas en 717, pero conservando siempre su religión y sus leyes, y no reconociendo otra justicia en sus pleitos y cuestiones que la nacional.

Entonces empezó á ser regida aquella ciudad por gobernadores moros, cuyos hechos y nombres no suenan hasta el año 755. Gobernábala en aquella ocasión Soleimán, que temeroso de las armas de Pepino rey de Francia, que entonces había